

ENAMORAMIENTOS Y CAPRICHOS



Novelas Cortas

Por el Bicho Gardo®

Editorial La Luna

Enamoramientos y caprichos

INDAUTOR REGISTRO PÚBLICO

© D.R. Edgardo José Argáez Valencia

© D.R: 2019 Ediciones la Luna

Impreso en México

LIBROS SIN COSTO

DEL BICHO GARDO®

Y SUS AMIGOS

DESCARGAR

DE PÁGINA WEB

www.bichogardo.mx

Nota del Autor

Estas historias surgen de un reto en el grupo “Recuperemos Emociones”, para describir algunos de los sentimientos de enamoramiento, los cuales el autor, los redimensiona al adicionar lugares, espacios, personas, imaginación y comportamientos verosímiles, por lo que no se debe tratar de identificar a nadie en específico.

La foto de la portada corresponde al *atelier* y cuadro del gran pintor y muralista Alberto R. Bustillos Alamilla.

Contenido

- 1.- Un pintor en las Brisas
- 2.- La mensajera
- 3.- Incertidumbre
- 4.- Irma de todos los santos
- 5.- La Ceiba
- 6.- La Cascada
- 7.- La princesita del desierto

UN PINTOR EN LAS BRISAS

Un pintor en Las Brisas

Aquel día, desde el ático donde se encuentra mi *atelier*, de reojo la observé pasar. Caminaba lento por la playa de las Brisas, deteniéndose de vez en cuando para recuperar conchitas de mar. Era morena, delgada y bajita. Ahí se encontraba, a pleno sol y su cara, ojos y cabello brillaban. Prácticamente estaba sola y lo digo de esta manera, porque no sé si así realmente fuera, pero al menos de esa forma la vi, a lo mejor lo sentí o tal vez simplemente lo viví... En el horizonte, el cielo sin nubes se fundía con el mar en un mismo color, pero rasgado por ciertas marcas, simulando rayas de combinaciones de distintos azules, magentas y cobaltos. A mi izquierda a unos quinientos metros de playa, las escolleras del puerto mostraban en su fondo, a las verdes colinas,

de placas tectónicas, desarrolladas por el brusco salir del continente desde el fondo del mar. El malecón con sus edificaciones de color blanco, se percibía a través de las palmeras, componiendo la postal del antiguo puerto de Manzanillo.

Lo recuerdo igual como si hoy hubiera sucedido... << dejé pronto los pinceles y la *paleta* llena de mezclas de pinturas y colores, sobre la mesa junto al caballete con el cuadro que pintaba y me levanté con rapidez. Abrí el mosquitero de la puerta corrediza y salí >>. No puedo dejar de recordarla, cada día vivo lo mismo, aunque mi respiración se agita, sin importar que hayan pasado los días.

Sí, apresurado bajé y con unas cuantas zancadas además de un brinco, alcancé la arena y caminé lento en dirección a ella, quien se encontraba unos cuantos metros adelante, enfilada a las escolleras. << ¿Qué le diré? >> pensé mientras avanzaba..., nunca he sido bueno para abordar mujeres, es más, siempre sufro el temor de hacerlo,

por presentir el rechazo..., en un momento dejé de recapitular y continué caminando.

— Hola — dije y esperé que terminara de recoger una estrella de mar.

Su piel aceitunada brillaba al recibir el sol, como si un reflector de teatro, la estuviera enfocando directamente. Los ojos oscuros de mirar cálido, sin demostrar atención me observaron. No expresaban emoción alguna. Vestía un traje de baño de dos piezas blanco, el cual se encontraba cubierto por un camión corto, de bordado entre calado del mismo color, el cual únicamente alcanzaba a cubrir la mitad de los muslos.

— Hola — repetí al aire —. Somos casi vecinos. La he visto en la callecita que da a la playa, atrás de mi propiedad.

— ¡Ah!, ¡sí, es cierto...! Nos hemos visto desde lejos.

La respuesta me dio un aire de seguridad y pregunté.

— ¿Caminando para hacer ejercicio?

— No, más bien para ocupar el tiempo y pensar un poco... Sólo intento ir a los rompeolas — contestó la mujer.

— Disculpe. ¿No le importuna si camino con usted? Sería bueno que como vecinos nos conociéramos un poco ¿no le parece? — Lo expresé tan a la ligera, que hasta me sorprendí por la facilidad de haberlo dicho.

— Está bien — dijo ella, quien dando media vuelta, inició su caminar hacia las rocas.

Era pequeña, de espaldas angostas, con caderas y piernas bien formadas, así como adecuadamente proporcionadas, su cuerpo no denotaba que se dedicara al gimnasio o a cuidar en extremo su cuerpo, sin embargo su complexión suave y sedosa la hacía atractiva. Volteó a verme y preguntó:

— ¿Eres el pintor?

No pude contener la expresión de una ligera sonrisa.

— No cabe duda que somos vecinos, los rumores corren —, acelerando el paso me emparejé a su lado.

— Así que sí son ciertos los chismes... ¿y tú sabes algo de mí? — preguntó la mujer sin que su faz se modificara, ni tampoco la expresión pasiva de su cándido mirar.

— Bueno, únicamente que recién acabas de llegar, digamos... como, alrededor de un par de semanas —. Sin dejar de observarla esperó.

— Soy abogada.

— Ah, que interesante y ¿cómo te llamas?

— Arlene, y ¿tú?

— Todo mundo me dice “Alacrán”, así me puedes decir, es mi apodo.

— ¡Ay! — dijo haciendo un gesto ligero de torcer la boca como si fuera a tocar al insecto mencionado —, pero... ¿cómo te voy a decir así? No sería correcto.

— No te preocupes, todas mis amistades me dicen de esa forma, no me molesta.

— ¡Ay no...! no me gusta, dime..., no seas así, anda..., dime tu nombre.

— Bueno..., entonces si te disgusta mi sobrenombre, pues... dime “cariño” —. Busqué sus ojos para ver la expresión producto de la broma, pero siguió impávida...

su gesto no cambió, como tampoco su mirada distraída.

— ¡Ya, ándale! Dime cómo te llamas — repitió de forma seca — porque no te voy a nombrar así como dijiste, no me gusta.

Continuamos caminando sobre la arena hacia el lugar donde súbitamente se detuvo al descubrir una concha, de lo que fue una almeja “chocolata”. No podía dejar de admirar su imagen agachándose por las cuentas de carey.

— Andrés, ese es mi nombre... Andrés Rafael, pero... preferiría escuchar de ti “Alacrán”.

— Bueno, lo intentaré Andrés —. Sin mostrar la sonrisa que yo esperaba, continuó el andar con la mirada sobre la arena. De reojo me observó y moví las manos poniendo las palmas hacia arriba, como para expresar <<no tiene importancia >>, pero si la tenía, yo preferiría que me llamara “Alacrancito” o... “cariño”.

— Mira... Ahí hay un caracolito — señalé con el dedo y me apresuré a levantarlo. Aún

faltaba mucho para llegar a las escolleras. Ella de pronto se detuvo y comentó:

— Tengo que regresar, se me acaba de iluminar la memoria, con la estrategia adecuada para establecer el enfoque legal, base requerida para preparar la demanda, debido al incumplimiento de un contrato. Si quieres sigue tú caminando, yo me regreso sola, no te preocupes.

— De ninguna manera, también tengo cosas que hacer. Aunque más bien... ¿No será motivo del regreso, el tener que preparar la comida al marido?

— ¡Ay!, ¿cómo crees?, para nada, soy soltera..., felizmente soltera con mucho trabajo con los agentes aduanales y además, me estoy tomando un tiempo para preparar mi tesis de doctorado. Un marido sólo me estorbaría.

Dimos la vuelta y por el camino, entre la plática y lo bello del lugar, pensé, << más bien debo reconocer..., que mi mente había sido arrastrada sin siquiera quererlo, hacia aquella mujer de treinta y tantos años a quien

hoy acompañaba >>. La oía pero no la escuchaba; de pronto sentí un vacío dentro de mí, algo movió mis entrañas y llegó hasta el estómago. Súbitamente tuve la necesidad de un trago doble de tequila o whisky, un golpe directo al hígado, o quizás ¿al corazón? — Adiós — se despidió.

— Gusto en conocerte, nos veremos pronto cuando termines y salgas a la playa de nuevo, al fin ya sabes dónde vivo —. Le recalqué, al tiempo de recibir el esbozo de algo semejante a una sonrisa de aquel hermoso rostro, seguido del movimiento de la mano alejándose de la playa. Me llenó de añoranza, pero no tuve duda. Ciertamente fue el asomo de un inicio y, con un poco de suerte, nos volveríamos a encontrar. Entonces la invitaría a mi paraíso, al *atelier*, donde a lo mejor podría pedirle posara de modelo para un cuadro. Pensativo me encaminé al caballete, con el fin de intentar continuar la creatividad de lo que en ese día, había estado pintando, un caballo alado significando la libertad en el amor.

Después de unos días... el Pegaso voló y un par de *caballitos* de tequila previo a un clavado en la piscina de agua fresca, me permitió retomar el hilo del nuevo cuadro a medio terminar, porque mi mente obtusa, nunca la había dejado de lado. Me recordaba a la actriz de la película “Legalmente Rubia”, la cual trata de una abogada con tez blanca, en vez de morena como ella. << Son tan parecidas que bien podría ser el negativo de la fotografía de ese *film* >> reflexioné. Un suspiro con sabor y olor a pintura quedó en el ambiente, al retocar con el pincel la imagen recostada, del cuerpo desnudo de la abogada... En tanto, un alacrán *güero* y venenoso, apareció trepando por el caballete.

LA MENSAJERA

La Mensajera

Nos lo contó así aquella joven mujer...
Realmente no recuerdo bien lo acontecido,
pero voy a empezar a contarlo así.

Me mandaron ir a entregar unos papeles a un licenciado. Yo nunca había escuchado hablar de él, ni tampoco sabía dónde lo vería. Se me dijo que tendría que ir a su oficina, por lo que me prepararon un croquis en una hoja de papel, con el fin de indicarme la forma de cómo tendría que recorrer la ciudad, para poder llegar.

Yo viví en esta ciudad capital del país desde pequeña, pero nunca salí sola a recorrer lugares, mucho menos donde jamás había estado, o tampoco por aquellos, donde de alguna manera los hubiera conocido mediante pláticas con alguien. Qué decir, ni

siquiera por haberlos visto en fotografías y mucho menos, teniendo que llevar una encomienda en un sobre cerrado tamaño oficio, con información importante y completamente sola.

El cuerpo me temblaba y tenía las manos sudorosas, que decir, me encontraba súper nerviosa, no sabía si había entendido lo que me dijeron pero tenía que hacerlo, si no, de seguro ya no sería contratada de nuevo.

Sin siquiera pensarlo, tomé el papel donde me dibujaron el planito, lo doblé a la mitad y procedí a guardarlo en mi bolsa, la cual tenía una cadena dorada que pondría sobre mi hombro. Pensé mejor y lo doblé en la forma de un cuadrado y lo metí en mi corpiño. Ahí estaría más seguro y no lo perdería. No podría saber a qué me enfrentaría en el camino. Lo único que tenía presente, era la necesidad de atravesar gran parte de la ciudad de México. No me sentía del todo presentable. Me vi en el espejo del pasillo y el

reflejo destacó la figura de una pequeña personita débil, pero bien formada con imagen de mujer asiática, una geisha dirían algunas de mis antepasadas. Traté de alisarme el cabello el cual casi me llegaba a la cintura y, como a veces sucede, éste no quería acomodarse. Lo intenté varias veces y me dije... ni modo y comencé el andar.

Me habían descrito a quien debería entregar el paquete en propia mano, como un personaje duro de carácter, mal encarado, a veces grosero y con muchos más caracteres negativos... en pocas palabras, en mi imaginación se formó la figura de todo un patán. Tenía miedo de verlo.

Tenía que atravesar prácticamente toda la ciudad, el trayecto a recorrer era largo... caminé un buen trecho, iba con la cabeza viendo hacia abajo, mirando donde colocaba mis zapatillas de tacón alto en la acera, tenía temor de trastabillar y rodar por la banquetta porque todavía me temblaban las rodillas.

Tragué saliva y continué, pero ahora mirando a los edificios y casas, hasta la parada del autobús.

No sabía el contenido del sobre. Podría ser un documento muy importante, pero ¿por qué no lo enviaron por internet?, a lo mejor se trataba del documento original, o peor tantito, si lo que contuviera fuera un cheque o dinero en efectivo. Eso me asustó aún más..., que pasaría si lo perdiera o si en el transporte me lo quitaran. Moví la cabeza de un lado a otro diciendo “no” y lo abracé con más fuerza, espero no arrugarlo demasiado pensé y continué.

Avanzaba por mi lado derecho de la acera, como se debe de caminar, pero de pronto te encuentras con gente que no tiene la más mínima educación y no respetan los sentidos y dirección, o se atraviesan a propósito en ocasiones, para intentar ganar el lugar donde te encuentras. Antes les daban el espacio a las mujeres y a los de la tercera edad, ahora

nada de eso sucede, hasta con malicia se le acercan y se arriman para rozarlas. Por un momento dejé volar mi mente y recordar algún momento agradable para tratar de quitarme ese ensimismamiento estresante que traía y lo logré por un momento, hasta toparme de frente con una ancianita que casi no podía caminar. La traté de ayudar, pero enseguida reaccioné... y ¿si es sólo un truco para atraparme y quitarme el documento? Con rapidez le di la vuelta y me alejé. Lo siento, hoy no seré atenta, rebotó la frase en la mente.

Justo llegué cuando estaba la fila de gente terminando de subirse al autobús, el cual me llevaría. Apenas alcancé a subirme cuando comenzó a moverse. Actitud maligna pero normal entre los camioneros.

Qué suerte pensé, pude tomar el camión, Dios lo sabe y me cuida... sentí algo de sofocamiento por el calor, los nervios y la multitud de los que ahí estábamos parados

en el pasillo del transporte, ya para entonces iba bañada en sudor. Observé con grandes ojos a mis alrededores, todos presentaban la cara de desesperación por llegar a su destino y yo ahí tan pequeña de estatura, toda apretujada y descompuesta; prácticamente estaba desaparecida en ese mar de cuerpos. Así viajé un buen rato, con mi mente alterada y siempre pensando: ¿cómo sería aquél hombre? Me intrigaba. Todavía no lo conocía y ya estaba yo muy nerviosa.

Al bajar del autobús, me dirigí a la terminal del Metro, bajé los escalones con problema, los zapatos de tacón alto me lo dificultaban, de tal manera que descendí colocando mis pies en posición diagonal, para así obtener mayor seguridad en cada peldaño. Por fin llegué al andén, justo en el momento que el vagón abrió la puerta. Estaba lleno, tendría que entrar a la fuerza. Esperé a ver si alguien salía, pero no sucedió. Entonces escuché el timbre o “chicharra” indicando que iba a cerrar las puertas.

Tomando fuerza de flaqueza, me aventé y di el paso. Sentí cómo rozaba la puerta mi pierna. Lo había logrado, continuaba en tiempo mi devenir. Me relajé un poco, pero no dejé de apretar el sobre del documento a mi cuerpo. Instintivamente recordé: “mi bolsa, no me la vayan a abrir y robar”, la jalé hacia el frente, justamente en mi estómago con el fin de protegerla y me di un giro hacia la puerta, me sentía en medio de un ramo de cebollas del mercado, no sólo por lo apretado que nos encontrábamos, sino por el olor del ambiente. Me dije a mi misma “no importa es trabajo” y así continué el recorrido, hasta que sentí que un “trozo de algo” se frotaba en mi cadera. Con disimulo y de reojo, traté de ver qué era lo que estaba sucediendo. Era un pelafustán, agarrado de los pasamanos superiores, el cual se recargaba y arremolinaba sobre mi trasero.

Súbitamente recordé, cuando jovencita y acompañada de las amigas de escuela, viajábamos en el camión y los muchachos

groseros se nos arrejuntaban, pero siempre llevábamos las agujas de la clase de tejido y se las clavábamos, no quedándoles otro remedio que retirarse, aunque a veces también recibíamos algún golpe en represalia.

En esta ocasión además de ir sola, no llevaba las agujas tejedoras y tampoco provocaría algún problema que me impidiera llegar oportunamente a mi destino, por lo cual únicamente giré un poco el cuerpo y metí el codo con firmeza, ocasionando que aquel sucio vago dejara de presionar de forma fea mi cuerpo. Parece que la libré me dije. Se abrieron las puertas y descendí encaminándome a la escalera. Observé el anuncio donde explican las salidas y a qué calles se dirigen cada una. Era la estación del Metro Insurgentes. Retomé fuerzas para volver entonces a caminar, con el fin de intentar llegar a mi destino..., aquella oficina de ese raro ser, que según me dijeron, me estaría esperando.

En la calle, levanté la cara y con muchos trabajos pude seguir la mirada hasta arriba de los altísimos edificios, eran abrumadores. Al regresar la cabeza de las alturas, pude dar un vistazo a una barda, mi atisbo se detuvo en un dibujo que no entendí, era algo así como una expresión de arte abstracto. El dibujo no era nada parecido a nada conocido y mucho menos un croquis, era una locura, de manera que retorné a mi caminar, el cual me hacía sentir en otro mundo, por las tantas cosas raras que había por ahí, creo que en algún tiempo a este barrio lo llamaron la Zona Rosa, ahora todo parecía muy raro, porque aun siendo tan temprano, alrededor de las once y media de la mañana, se oía a lo lejos música por todos lados. Se me hizo eterno el caminar, a pesar de ser solamente unas cuantas cuadras, más bien, fueron alrededor de siete u ocho, la verdad ni las conté de los nervios, por estar en un lugar donde nunca había estado. Pude observar a chicos y chicas bailando. Eran antros a plena luz del

día. En ese momento, vi pasar junto a mí, una pareja de dos chicos, uno lloraba y el otro lo abrazaba, de pronto... Se detienen, se quedan viendo el uno al otro, el alto le levanta su cara y lo acaricia, algo le dice y lo besa. Eran gay's.

Con disimulo, sigo mi camino. << Vaya que cosas >> las cuales me dejan pensando, pero... con sobresalto regreso a mí. Creo que me encuentro perdida. Nada más eso me faltaba, no veo oficinas ¿en dónde estoy? Pues no me queda otra cosa por hacer, que buscar y recuperar el planito que guardé en mi corpiño, ahí también se encontraba escrita la dirección y, ni modo haciendo de tripas corazón..., a preguntar. No me queda otro remedio. Con amabilidad me mandan por diferentes trayectorias. Ahora estoy en la avenida Reforma, vaya que es increíble... nunca había llegado tan lejos por estos rumbos. Qué bonita vista, los grandes edificios, el monumento del Ángel, la Diana Cazadora. Anonadada me quedo por un

momento observando, a pesar de estar cansada, muy sudada y nerviosa.

Bueno creo que por fin casi llegué, pero me pregunto: ¿será ahí?, es una callecita a una cuadra del Paseo de la Reforma, definitivamente la propiedad que indica el número buscado, no tiene facha de oficina, es una casa con una banqueta en muy mal estado, no hay timbre, sólo alcanzo a ver un pequeño orificio con un cordón que sobresale con un nudo en su extremo. Me acerco, respiro profundo y jalo... se oye una campana. Volteo a ver alrededor, sentí que alguien me observaba, veo a un lavacoche por allá, un guardia junto a una embajada, la calle llena de árboles con sus ramas moviéndose lentamente debido a una pequeña brisa. En ese momento por mi mente pasa todo lo que viví para llegar aquí. Pienso intrigada si me verá bien. ¿Qué me dirá el señor?, a lo mejor me gritará. ¿Cómo será él? Traté instintivamente de alisar el cabello y mi vestido.

De nueva cuenta, respiro profundo y trato de tranquilizarme. En eso se abre la puerta del zaguán negro y deja ver un pequeño patio, un carro blanco al fondo y unas macetas con flores, creo que son geranios, adornan la entrada de la puerta para ir al interior de la oficina.

Me recibe una señora con una agradable sonrisa y me invita a pasar. Me tiembla todo, vuelvo a respirar profundo y camino. Siento los pies pesados, cruzo una puerta de vidrio y llego a un pequeño recibidor. Alzo la mirada y veo a un señor *llenito*, ni muy alto ni muy bajo, de tez blanca y cachetes chapeados. Recuerdo bien su camisa de color paja, me sonrío y camino temblorosa. Ufff, suelto el aliento.

Ahí me encontraba callada frente a él, no sé qué sentí, algo así como mariposas en el estómago..., nervios, sudor y frío al mismo tiempo. Temblaba todo mi cuerpo, le sonrío al mismo tiempo de extender el brazo y entregar

el sobre conteniendo el mensaje, aquél que protegí con mi vida todo el trayecto. Lo extrajo con lentitud y lo leyó... al terminar, me dijo que tenía que darle un beso en la mejilla, ya que el escrito así lo indicaba.

¡Guau! No lo podía creer, me sentía ridícula, haciendo estos papelitos a mi edad. Mi primera reacción después del asombro, fue de un enojo repentino. ¡Me utilizaron sólo para que lo conociera!, pero..., me sentí por un momento colegiala... no sé qué me pasó al verlo, me transformé, sonreí y se lo di.

Fue el inicio y así poco a poco lo fui tratando, conociéndolo, no era como me lo habían pintado, nada parecido a los defectos que me dijeron tenía y muy en el fondo, lo descubrí. Ahora ahí estaba ese hombre al que le sobraba el amor..., reía, se ruborizaba y a su modo de ser era atento, pero a la vez algo desconfiado, siempre con una armadura impenetrable, que aun tiempo después me

sigue costando quitar, pero a pesar de todo, me he enseñado a quererlo y respetarlo.

Conocí a su lado el mar, nadé, jugué con él y he tenido altas y bajas como cualquier persona normal. Vivo con él cada momento, lo más intenso que puedo, aunque trato de no apasionarme, porque... me da miedo el no saber cómo va a terminar esto.

Después de conocerlo, sé que el amor que yo le tengo es muy lindo, pues es abrazarnos y cuidarnos. En ocasiones por algo dicho, me produce alguna herida, pero si me alejo o lo suelto me siento vacía y sin dueño. Veo los pros y contras de la relación y regreso, pretendo entenderlo, porque a su modo ya ha aprendido a sonreír, a querer, no importa que muy en el fondo aun tenga aquellos detalles muy a su manera, los que al principio me advirtieron de cómo él era, pero ahora, siempre trata de ser muy humano, a pesar de haberlo conocido como un hombre duro, con su gran armadura.

Y a pesar de otras muchas cosas malas y buenas, hemos aprendido a conocernos y... ahora él es mi guapo y genial caballero.

IN...

CERTI...

DUMBRE

Incertidumbre

1

La tarde avanzaba en el área verde de la Octava Zona Naval de Puerto Vallarta, Jalisco. Una brisa leve del mar refrescaba al ambiente y el sol situado a media hora de caer en el horizonte, esperaba lo que pudiera ser. Ahí con calma, un Teniente de Navío camina lento bajo la sombra de una palapa, cercana al morrocotudo flamboyán, dejando pasar el tiempo en espera de su reciente enamorada. Le había declarado su amor hacía apenas algo más de un par de semanas atrás, cuando bailó con ella en el lobby bar del hotel Four Seasons de Punta de Mita.

La conocía desde que estudiaron en la escuela primaria, las que existen en todas las

Zonas Navales. Los padres de ambos eran oficiales de la Armada, y él le llevaba alrededor de tres años más de edad, pero prácticamente habían convivido junto con sus demás compañeros de toda la vida, tanto en la escuela, como en la colonia de viviendas en el interior de las instalaciones militares, separándose cuando al crecer cada uno se enfocó a su desarrollo profesional, ella estudiando contabilidad y él en la Escuela Naval de Antón Lizardo de Veracruz en el Golfo de México.

Al paso de los años, los respectivos padres ascendieron en sus carreras de marinos hasta alcanzar el grado de Almirante y el joven siguió con sus actividades y estudios de post grado así como diplomados en la Armada, para desempeñar posteriormente varios puestos en diferentes Regiones Navales, embarcado en distintas naves de guerra, alcanzando el grado de Teniente de Navío, para ser entonces adscrito a Puerto Vallarta, donde hoy observa la puesta del sol,

en espera de su reciente amor. En este puerto, tuvo la suerte de encontrarse nuevamente con Elizabeth, debido a que hacía poco tiempo, a su padre lo movilizaron de la Sexta Región en Manzanillo, a esta Octava Zona Naval.

En realidad nunca habían dejado de verse, toda vez que por visitas de amistades y familiares en vacaciones se encontraban, pero sin ninguna real atracción, porque él se encontraba muy ocupado estudiando o embarcado y ella en lo suyo, la contabilidad. Se sabía que por su hermosura siempre fue pretendida por varios muchachos de manera informal, pero la chica invariablemente los evitó, al tener predilección por uno de los compañeros que era su vecino y cuyas familias eran tan cercanas, que hasta se decían primos.

La bella joven también había ya rechazado un par de peticiones de matrimonio proveniente de personas de más edad, porque ella,

seguía deslumbrada y enamorada del “primo”, el cual era muy informal en sus estudios y se dejaba llevar la vida por la vida, sin tener algún objetivo más que el de divertirse y sin preocuparse por madurar, de manera que nunca le prestaba atención a Elizabeth con seriedad y la veía simplemente como una jovencilla seca y seria. ¿Cómo la iba a tomar en cuenta? si la comparaba con sus amigas rockeras del reggaetón, que en su libertinaje disponía de ellas en todo para su disfrute, en tanto la joven contadora, había sido formada por una disciplina pseudo militar y con el encargo específico de ayudar a su madre con el resto de sus otros nueve hermanos chicuelos. Por supuesto que a él no le atraía mucho ella y mucho menos tener que dejar su libertinaje. A pesar de esa falta de atención por parte del jovenzuelo fornido de pelo largo, nunca llegó a despreciar a esta mujer, sin embargo, la hizo pasar del amor, a sentirse algo rechazada, lo cual se tradujo en una cierta obsesión, al esperar y

soñar con el paso del tiempo, él se diera cuenta de que lo amaba y entonces por fin se convencería.

Mientras esto pudiera suceder, Elizabeth solventaba esa falta de cariño, reafirmando la amistad con la hermana del primo guapo, siendo ambas de la misma edad, lo que le daba el pretexto para estar siempre cerca de él.

En un cabeceo, el marino se encandiló al sentir un rayo de sol sobre su frente y le hizo recordar la semana pasada cuando ella le había comentado, la intención de asistir al baile de debutantes en otra Zona Naval con sus padres. También irían el grupo de amigos de siempre, los cuales estaban planeando el viaje, se juntaría “toda la bola”, pero... con sutileza le pidió de favor, que él no fuera, porque le dijo, quería divertirse de manera especial con sus amigas, como si fuera un “aquelarre” de brujas y si él iba, tendría que alejarse de ellas por estar sólo con él,

perdiéndose entonces esa reunión de mujeres de la infancia, donde contarían chismes, dimes y diretes de la juventud, reunión la cual harían en paralelo a la fiesta.

2

El sol había descendido el equivalente a la primera falange con uña de su dedo pulgar con el brazo extendido viendo al sol, lo que le indicaba el viejo truco de los pilotos navales de haber transcurrido quince minutos... <<No debe de tardar >> pensó el teniente de navío, al recordar que la joven contadora había ido al supermercado acompañando a su madre después de su trabajo, pero... la mente nuevamente lo atrapó y recordó la plática tenida con su amigo compañero de navío también camarada de la infancia, cuando en ese momento regresaban de un recorrido de patrullaje por la costa, quien sí asistió a la

fiesta y con gran emoción le comentó lo acontecido.

— Órale, de veras, la pachanga de debutantes en Manzanillo estuvo muy buena, te la perdiste — comentó al tiempo que la corbeta enfrentó a una gran ola de frente, la cual los hizo agarrarse del barandal de estribor debajo del helipuerto de la nave y continuó la plática...

— La recepción se puso a todo dar y en pleno apogeo... mi cuate, la orquesta en el Salón del Casino de la Sexta Región Naval, ya había pasado por varias de las tandas, desde los sones tropicales a la banda norteña, y de ésta al antiguo rock and roll con sus “agujetas de color de rosa” — comentó excitado moviendo las manos como si estuviera allá y continuó: — de pronto llegó el momento romántico, los boleros inundaron el ambiente. Los tragos corrían con ganas y casi se había acabado el volumen de las botellas de whisky, ron, tequila... de todo lo que hubo y

además... los postres servidos, estaban deliciosos, *de chuparse los dedos*. Fue cuando se pararon a bailar los viejitos y algunas parejas de jóvenes. Bailaban pegando el cachete muy juntitos. Y de pronto ahí los vi amigo, se distinguían por la corpulencia de él, así como por el largo y ondulado cabello castaño de tu hermosa novia de ojos negros, la que con todo y tacones altos apenas le llegaba al cuello, donde le recostó su cabeza. Ella bailaba normal, no tenía los ojos cerrados y con la mirada distante..., bailaba como si estuviera con un hermano.

En ese momento el amigo le miró a los ojos y con un poco de perturbación al sentir que había hablado demasiado, le dijo:

— No te vayas a enojar, te aseguro, yo no observé nada raro — reafirmó lo dicho al momento en que las olas crecieron por el “mar de fondo”. — Óyeme, escuché que esa persona aún no salía de la universidad y

decían... que no se le ven mucho las ganas de terminar sus estudios por la forma de comportarse de manera libertina y sin disciplina a pesar de ser hijo de un recién nombrado Vice Almirante de esa Región Naval del Pacífico.

Volteando hacia lontananza para evitar la cara del amigo, rápidamente continuó.

— Otros dijeron en quedito... Siempre anda de fiesta en fiesta, y las malas lenguas también comentan que en muchas ocasiones fuma la hierba y sigue a todos lados a los grupos de rockeros así como a los DJ's del Reggaetón. No se le ve futuro.

De pronto se escuchó en el parlante del radio portátil la llamada del Cuarto de Derrota en el Puente de mando del buque. Se acercaban a puerto. Uno se dirigió al cuarto de máquinas y el otro al Puente.

3

La espera bajo la enramada de palma continuaba, el oficial de la Armada se encaminó hacia la sombra del frondoso árbol cercano. Miró hacia la mar y el espacio entre la parte baja del sol y el horizonte medido por el dedo pulgar con el brazo extendido le señaló que quedaban menos de diez minutos para la puesta del sol; entonces su memoria de forma grotesca lo jaló a recordar, cuando al llegar él a esa Zona Naval, se reencontraron con el grupo de jóvenes de siempre, los cuales todos juntos en los tiempos libres se divertían visitando las playas, restoranes y antros sociales o discotecas del lugar. Nunca entre ellos se pensó formar noviazgos, más bien era una jauría. Se autonombraban “Los Funestos” y orgullosamente se reían de ello. A los adultos y padres, les agradaba observar ese gran grupo de amistad en el que ahora también

forman parte, tanto Elizabeth como el Teniente.

Una vecina, tía de una de las muchachas del grupo, cada vez que podía, motivaba al Teniente hablando muy bien de Elizabeth, le enfatizaba su hermoso cuerpo y el soberbio cabello castaño, así como lo bien que sería si pudieran formar pareja, al ser de temperamentos y educación similares, además le decía que ella cuenta con la cualidad de tener los conocimientos del hogar, al haber ayudado siempre a su madre. Por otra parte, la misma señora hacía lo mismo con la joven, destacando las cualidades del oficial de la Naval, pero... el oficial marinero conocía la verdadera obsesión de ella por su vecino, sin embargo... *tanto va el cántaro al agua que...* al fin comenzaron a salir y conocerse de otra forma.

El paso de una gaviota fragata resonando su característico chillido, lo puso en tensión y

regresó al momento en que bajó del navío después del patrullaje costero y sin dirigirse a nadie, se enfiló en su auto rumbo al departamento de soltero donde vivía. No dejaba de sujetar la funda con su pistola de cargo, se encontraba muy molesto debido a lo platicado por su compañero de armas, quería sorrajarle un plomazo al estúpido vago drogadicto, amigo de la infancia que ofuscaba a su novia... tenía sólo un par de semanas de haber comenzado el noviazgo y se había presentado esta situación.

La cabeza le daba vueltas, cerraba el puño, quería golpearlo, desbaratarlo aunque ése *buey* fuera más alto... mejor, así el golpe al caer, sería más fuerte cuando chocara contra el piso... El corazón quería salir de su cuerpo, el sudor en la frente apareció..., lo mataría. Sin darse cuenta, había manejado sin destino alguno, ya se encontraba fuera de la población y al pasar por terrenos despoblados a la falda de un cerro, se detuvo, bajó del auto, sacó su escuadra

calibre 45 y disparó... vaciando el peine del cargador de balas a un tambor de lámina abandonado, dejándolo todo perforado... La tensión había desapareció en su mayoría, quedando sólo un dolor, parecido al de un puñal en el hígado.

Con un pañuelo, secó el sudor de la frente y luego lo utilizó para limpiar su arma. Subió al automóvil y emprendió el camino. Las edificaciones pasaban a su lado de manera monótona y sorda hasta llegar a su solitario domicilio.

Después de un rato, soltó un suspiro y en su mente escuchó a su madre preguntando...

<< ¿Por qué estás tan serio? ¿Algo te sucede? >>.

— Nada — fue la respuesta al aire, — me voy a dormir, estoy cansado — remató.

4

A pesar de la fuerte luz del sol al atardecer,
El oficial de la Armada se imaginó lo que
pronto acontecería...

<< La observó llegar normal, con su vestir de
siempre... Se acerca, me besa en la boca
con un beso de hola. Sonreímos. Nos
tomamos de las manos y nos vemos las
caras y le digo... ¿o replico? Fue entonces
cuando, comenzó a pensar en voz alta.

— Qiubo, ¿cómo te fue en Manzanillo?

— Bien.

— Sí, eso creo, ¿lo disfrutaste?

— Sí. Estuvo muy bonita la fiesta y de gran
ambiente.

— Claro, creo que la gozaste.

— En casi todo.

— Cierto. Estuviste con tu gran amor.

— ¿Cómo?

— No te hagas lo sé.

— No es así.

— Sí lo sé, con el amor que siempre has querido tener.

— Ah... Pero... — titubeó. — ¿Qué te pasa?

— Que quieres que me pase. Fuiste a entregarte a los brazos de tu amado de toda tu vida.

— ¿Quién te dijo?

— Lo sé.

— Déjame explicar

— ¿Para qué? — Si siempre he sabido que estabas loca por él, aunque... te desprecia.

— No pienses así.

— Lo sé muy bien.

— No, no lo sabes. — Fui a terminar mis ilusiones de niña.

— Pero es lo de siempre..., es quien eternamente te ha gustado..., tu estereotipo de hombre.

— Era mi visión de adolescente.

— Qué difícil es creerte.

— Así es...

El oficial de la marina, con su uniforme caqui e insignias, se ve a sí mismo en forma firme, girar la cara, caminar para un lado y con la cabeza baja, moviéndola de un lado a otro emprender su camino... y bruscamente detenerse y gritar.

— ¡No!

— Pero tú ganaste, ¿no lo ves? — Se escuchó decir con la voz dulce y preocupada

de Elizabeth, mientras él se dirigía hacia la salida.

— De verdad, tú eres lo que quiero. ¡Tú ganaste! — Replicó gritando la joven.

Se escuchó el silencio...

Encaminado sin voltear, hacia afuera del prado, escuchó nuevamente... — ¡Tú ganaste!

Girando en talones contestó el hombre de mar... — ¡Tú perdiste! — Y retomó el camino hacia el estacionamiento.

— ¡Todos perdimos... pero después de todo ganaste! —, con ofuscación se volvió a escuchar —. ¡Tú ganaste!

— ¡Todos perdimos! — Y se escuchó un grito de coraje.

Sólo un sollozo respondió a la brisa... >>

Súbitamente en ese momento, por un destello del resplandor del sol al ponerse

junto con la refracción de los colores rojo, naranja y amarillo, al llenar el horizonte en todo su alrededor, incluyendo las nubes para terminar por enmarcar a toda la bóveda celeste, forzó al Teniente abrir y cerrar los ojos, mientras escucha un grito que lo sacude y lo hace regresar a sí mismo.

De nueva cuenta oye el grito... y en el reflejo del atardecer, la ve correr hacia él desde el lado contrario del estacionamiento.

A pesar del ruido urbano, logra escucharla...

— ¡Cariño, cariño... disculpa!, hubo un accidente en la avenida cerquita de aquí, quedamos atoradas, por eso llego tarde...

Ambos corrieron. Se acercaron, un fuerte abrazo los atrapó, y... el beso surgió. Ambos habían ganado.

IRMA
DE TODOS LOS SANTOS

Irma de todos los santos

I

El anuncio luminoso de colocarse los cinturones de seguridad se había encendido. La voz del piloto se escuchó indicando que se iniciaba el procedimiento de aterrizaje y se mantuvieran abiertas las cortinas de las ventanas. El sol brillaba y abajo se tenía una alfombra de nubes grises, la cual se fue acercando poco a poco, debido a la inclinación del avión entrando a ellas, con prontitud la joven dama de la cuarta fila, después de ajustarse el cinturón, se estiró la falda y utilizando los dedos de la mano se acomodó el cabello. El reflejo en el vidrio de la ventana retomó su imagen de hermosa mujer.

El movimiento de inestabilidad clásico al internarse en las densas y húmedas nubes, hizo que apretara las manos sobre las coderas. Era bastante común para ella viajar seguido hacia la capital del país, con el fin de asistir a las juntas de trabajo referente al manejo de los recursos humanos, de la refinería del petróleo donde laboraba, sin embargo el movimiento le hizo recordar cuando pequeña, sus padres la habían llevado de viaje en aquellos aviones de dos hélices DC 3 de la Compañía Mexicana de Aviación, los cuales su altitud de vuelo los obligaba a volar generalmente entre las nubes, ahora viajaba en un Jet trirreactor Boeing 727, no había duda, el tiempo había transcurrido y la tecnología avanzado.

Al entrar al banco de nubes, el avión sufrió un movimiento súbito hacia abajo por la turbulencia, los puños se volvieron a apretar y las luces se apagaron, la hermosa mujer de pronto se vio a sí misma, como adolescente en el Salón del Casino social de la zona

habitacional petrolera, observando la película semanal proyectada por el club cinematográfico. Era una escena en blanco y negro, cuando el muchacho de la película, le da un beso a la protagonista. Por un reflejo incondicional cerró las manos con fuerza, al sentir la mano de su amigo de la infancia sobre su muslo. Pensó en darle un golpe, pero había sentido hormigas por todo el cuerpo y la respiración junto al latir de su corazón la contuvo por un instante, de manera que abrió la mano, la puso sobre la de él..., entrelazó los dedos y lentamente la empezó a deslizar hacia su rodilla. Por un momento pensó en regresarla, donde todo había comenzado para reiniciar de nuevo, pero... por instinto, mejor la hizo continuar hasta la rótula y así engarzada por los dedos, con lentitud la levantó y la puso sobre la palma de su otra mano, sin haber perdido de vista la pantalla y la película.

Fueron unos cuantos segundos y las luminarias del interior del avión nuevamente

se encendieron, parpadeó y los labios esbozaron una ligera sonrisa, la respiración se le normalizó y emocionada recordó el sueño de aquella noche.

No se tardó mucho en pasar el colchón de nubes y repentinamente se encontraron con un clásico día nublado, próximo a lloviznar en el Istmo. Volaban casi sobre el complejo petroquímico de Cosoleacaque, a un lado del centro de la población. Ahí las fuerzas militares francesas de ocupación fueron derrotadas en un combate con los indios “chocos” descamisados y descalzos del lugar, aunque años después, se tuvieron nacimientos de bebés con los ojos verdes y tez blanca. Rememoró que siendo una chicuela sus padres iban al mercado de esa población y las vendedoras únicamente utilizaban una manta enrollada como faldón, así como el dorso y el pecho desnudo. A lo lejos pudo observar la cascada del río Huazuntlán, preciosa vista, ahí cerca se produce la deliciosa carne de Chinameca,

que ahora, hasta la utilizan para venderla como si fuera “carne de chango”, la cual de niña la comió en la laguna de Catemaco, donde verdaderamente era de mono, los que en la actualidad están protegidos y prohibida su comercialización, pero hay una isla llena de ellos en la laguna.



El aeroplano estabilizó su descenso y se dirigió ligeramente hacia el sur, para encontrar la ruta establecida de acceso al aeropuerto, uno de los tres primeros construidos en el país, cuando en el boom petrolero de los años veinte, se estableció la primera línea comercial CMA en 1921, la cual ligaba los dos principales centros de producción petrolera, Tampico y Minatitlán con la capital del país, la ciudad de México,

llevando correo, dinero, piezas de equipos y uno que otro personaje, en un biplano.

Ya sobre el río Coatzacoalcos cambió de ruta para enfrentar los vientos del norte, con rumbo directo al aeropuerto. La inclinación del giro le permitió observar a El Playón Sur, área urbana de pescadores y pobreza. Para variar, se encontraba inundada debido a las lluvias y por tratarse de áreas bajas. Un poquito más lejos alcanzó a mirar el malecón, el mercado y el área de muelles de la refinería. Ahí dos buques tanque, cargan combustibles producidos en lo que fue en sus inicios, la primera planta de refinación del petróleo en el país; para luego distribuir los combustibles en la costa del Golfo de México. Desde entonces entran y salen surcando el río desde Puerto México.

Volando ya en aproximación directa entre la ciudad y la refinería, a la izquierda observó la plaza con la iglesia, el edificio del sindicato de trabajadores y más allá por la avenida

principal la presidencia municipal con la cárcel en la punta del cerro del traspatio. Mirando al otro lado, observó la instalación industrial con su TCC, la planta de desintegración catalítica nombrada como la “Güera” por su estructura muy alta y los humos amarillos que la distinguen.

Un poco adelante pasaron sobre la colonia de ingenieros y empleados de confianza, destacaban las edificaciones de tabique recocado aparente, semejantes a palacetes de dos pisos con techos de tejas, traídas de Europa, ya que fueron construidas por los ingleses y holandeses, en el origen de la industria antes de la expropiación petrolera.

Por un momento en su mente, la joven dama cuyo nombre es Irma, se observó caminando en los grandes prados de ese conjunto habitacional, nombrado la colonia 18 de Marzo, lugar donde vivió; y evocando los recuerdos de un tiempo ya bastante lejano, se vio caminando junto a Mario, compañero

de la escuela secundaria y uno de los chambelanes de sus quince años. Se dirigían hacia el árbol de Tamarindo. Avanzaban tomados de la mano... él se la sostenía de forma tibia con algo de fuerza y ella pensó sin asombrarse, que lo hacía de manera un poco posesiva, por como movía los dedos sobre su piel. También recordó a su corazón latiendo con fuerza, al sentirse tan cerca de él.

Al recorrer el andador que atraviesa la unidad habitacional, el vestido se le ondulaba al caminar, siendo incrementado el efecto, por el contacto con la brisa de la tarde, provocando se le subiera más arriba de lo que ella hubiese deseado para seguir considerándose cómoda, pero... esa increíble situación le generaba una motivación adicional muy especial, haciendo vibrar todo su cuerpo y sintiendo algo como “mariposas en el estómago”. De la misma forma, el viento movía su cabello trigueño alborotándolo, permitiendo así mostrar su

inigualable belleza y percibiendo caricias en el cuello.

Al acercarse a la “mata” de Tamarindo, la jovencilla se soltó de la mano y dio una pequeña carrerita hacia el árbol y de improviso se inclinó a recoger una tirita del fruto... un golpe de viento hizo lo inevitable.

Sonrojada se enderezó y se recargó en el tronco, con algo de frescura traviesa, descascaró el fruto y lo colocó en su boca. Mario se acercó con cuidado e instintivamente sus labios buscaron el tamarindo invitado a ser compartido. Se rieron.

Con suavidad se abrazaron y el escarceo fue incrementando en emotividad. Era una tarde nublada típica de “Hay norte en Veracruz”, no había gente cerca del lugar. Las manos caminaron por lugares nunca antes descubiertos. La mujercita temblaba... hasta que... Se dio cuenta que apretaba en demasía la codera del asiento. La señora

situada en el lugar vecino, la miró inquiriendo con la mirada, si algo le sucedía. Una sonrisa infantil de “agarrada en la travesura” fue la respuesta.



Las copas de los pinos de la colonia pasaron por debajo y se acordó de lo alto que antes eran, pero ahora sólo quedaba la mitad de lo que fueron, tuvieron que ser podados para permitir el aterrizaje de los Douglas DC6 cuando al paso del tiempo se modernizó la aerolínea con aviones de mayor tamaño.

Desde el aire, intentó identificar la casa donde vivió, ya no existía, un terremoto había provocado tantos daños que hubo la necesidad de demoler un par de ellas, localizadas junto a la casa de ingenieros

solteros, la número quince, sin embargo, ahí continuaba el árbol de mango junto a las anonas, chicozapotes, tamarindos, marañón o nuez de la india y los innumerables cocoteros. De nueva cuenta, la mente de la hermosa trigueña, la empujó a... cuando un joven ingeniero recién llegado a la refinería la pretendió y en un evento nocturno en el Casino social de la petrolera, llamado el ADM coincidieron, después de encontrarse algunas ocasiones en otras reuniones de amigos mutuos.

En aquella vez, escuchó la voz amable del ingeniero que la hizo volverse con rapidez, nunca supo por qué, pero su corazón dio un vuelco. El color subió a sus mejillas y sus lindos ojos se iluminaron. El joven llamado Miguel la miraba a la cara, observando su sencilla y natural belleza. — ¿Qué te parecen estos entremeses?— cuestionó y seguido sugirió probar la pastas con carne. Irma se sirvió los bocadillos y un poco de ensalada verde.

Se fueron a sentar a una mesa y después de un tiempo, Miguel observó que no comía. Con gentileza le quitó el plato de las manos y la invitó a bailar. Esto es mejor pensó Irma al sentirse entre sus brazos. Por un momento se sintió en la gloria y se le ocurrió sentir el éxtasis máximo que sería, si posara sus labios en los de él. De pronto el joven ingeniero se detuvo y se le quedó mirando, no había duda era muy encantadora la compañera. Notó su cabellera alborotada, el rubor de sus mejillas y los labios entreabiertos.

—Tengo que pedirte algo— dijo él cuando ella intentó hablar, —pero nos retiraremos de las luces y el ruido—. Parecía decidido y contento, como si estuviese visualizando una decisión hecha con todo juicio.

—No entiendo, ¿es importante?— Contestó con una lánguida vocecita.

—Muy importante. Y se encaminaron afuera del local con destino al árbol de mango a un

lado del Salón. Dicho gigante ya era legendario por todas las cosas que escuchó, de las charlas de los chicos después de jugar y de las muchachitas contando sus cuitas y aventuras bajo su sombra, disfrutando la fruta madura que por sí misma llegó al suelo.

— ¡Oh! — Murmuró el joven, pareciera no saber qué decir, — balbuceando un poco, continuó, — veo que no tienes idea de cuál es mi pregunta. Si no has adivinado mi amor, entonces eres muy ingenua—. La miró a los ojos fascinado. La tomó entre sus brazos aun cuando ella también tartamudeaba. El ladeó la cabeza para librar la cabellera en busca de encontrar sus labios.

—Mi querido y pequeño amor, sabes corresponder divinamente. Sucede que amo a una chica que es natural y que no conoce la palabra simulación—. Sabiendo que se turbaría por todos sus halagos. La atrajo hacia él y con ternura la besó en los labios.

—Creo que fue tu amor a la naturaleza, lo que primero me atrajo de ti. Después al conocerte poco a poco... ¿sabes?, quería..., la verdad nunca había conocido alguien como tú —. Así permanecieron juntos escuchando los sonidos de la noche y el incesante zumbido de la cigarra, al tiempo que a la distancia se oía el eco de un ave nocturna.

La pareja proyectaba su futuro. Se detenían de vez en cuando para besarse y murmurar palabras de cariño, aspirando el perfume embriagador de innumerables flores exóticas del lugar, mientras a lo lejos se extendía la silenciosa noche testigo de su amor. Pasado un tiempo, regresaron al Salón donde se servía la comida y continuaba la orquesta tocando para amenizar. Entraron y ella se adelantó a las mesas donde estaba el buffet... con un plato vacío en sus manos.

IV

Al mirar por la ventana del avión Jet, levantó la mirada y pudo reconocer los campos de futbol de la Alondra y el parque 18 de Marzo donde se jugó el mejor beisbol de la liga AAA, junto a éste la escuela primaria que en sus aulas estudió.

De pronto sintió un golpe y fuerte ruido al tocar tierra los neumáticos del Boeing 727 y aplicar el retroceso de los chorros de las turbinas para frenar... su imaginación impulsiva lo interpretó como la explosión e incendio en la refinería, donde murió Miguel. El intento por salir de una lágrima, la hizo suspirar y evitar regresar a ese momento. Lo pudo contener y bloquear rápidamente cambiando el pensamiento a sus fortalezas. << No sé por qué me pasa eso..., los hombres no me duran >>, una carcajada rebotó en su cerebro, << si siempre están

como los pajaritos, comiendo de mi mano y cuando me doy cuenta ya no están a mi lado, hasta me vacilan en mi casa... lo bueno, es que siempre hay más de dónde escoger >> pensó y, una sonrisa llenó sus labios.

El aeroplano recorrió todo lo largo de la pista y, recordó cuando pequeña, antes del aterrizaje o despegue del transporte aéreo, una camioneta recorría la pista para verificar que no se había filtrado algún ganado, el cual se acostaba en la pista para recibir mejor la brisa proveniente del mar después de pasar el pantano. Hubo veces al salir del avión, que se observaba el cuerpo del aeroplano DC 3 algo embarrado del estiércol abonado en la pista por las reses. << Qué bueno que ya no sucede eso >>, pensó la mujer.

Durante el recorrido final del avión al antiguo edificio del aeropuerto, con la mirada buscó tratando de encontrar al joven que iría a recibirla. Se decía también muy enamorado. Al salir de la aeronave y bajar las escaleras lo

descubrió, con su uniforme de gran beisbolista de la liga profesional del país, la esperaba para llevarla al juego que en un rato más tendrían, defendiendo los colores de “Los Petroleros” de Minatitlán, en el nuevo estadio cerca de La Lagartera, sin embargo a pesar de tener siempre muchos pretendientes, nunca olvida la “mata” mítica de mango, del jardín del ADM, glorificado por la creencia de los habitantes de la colonia 18 de Marzo.

LA CEIBA

La ceiba

No había duda, lucían asombrosas aquellas inmensas y blancas columnas toscanas, casi del equivalente a tres pisos de altura, las cuales rodean el lugar, formando un amplio vestíbulo. Cada una, mide algo más de un metro de diámetro de fuste liso, que parte de una base sobria, para rematar en el extremo superior con un hermoso capitel de hojas de acanto. En su conjunto otorgan belleza y elegancia al comedor del hotel más tradicional del puerto de la Habana, donde esa noche, solitario se encuentra un extraño personaje, luce interesante por la seriedad en su concentración, por algo en su memoria que aparentemente ocupa la totalidad de su mente.

Este impresionante edificio, de paredes y cielos pintados de un blanco acariciante, combinado por un piso reluciente de mármol de Carrara, desde hace rato, había sido recorrido por su solaz mirada, desde ese lugar, situado a un par de escalones por arriba del piso central, desde el cual, podía observar detenidamente cada uno de sus detalles. Las mesas y sillas tejidas de ratán, sobresalen de la blancura extasiada del local y la pista de baile, que en forma prolongada se despliega hacia un ventanal monumental, el cual abarca todo el claro de piso a techo y le permite al extraño personaje admirar el panorama general de los jardines y bastante más allá, observar la hermosa bahía que también forma parte del Golfo de México y deleita la vista de un mar en calma con diferentes tonos azules y verdes.

La memoria le arrebató la mirada y en regresión le hizo revivir el jardín en aquél día

soleado..., se refrescaba debido a la brisa del norte, apenas se movían las ramas de las palmeras, acompañadas por el suave ir y venir de las flores de los arriates y el tierno caminar de una pareja de enamorados.

De acuerdo con el ambiente y el clima, ella engalana un amplio vestido níveo de algodón, acinturado por una mascada roja, cuyas largas puntas flamean en la dirección del viento, mientras el acompañante, igualmente de blanco, porta un traje de lino y en contraste una camisa azul, con el cuello abierto de manera informal, permitiendo mostrar parte de su velludo pecho, acariciado por la brisa y la fina mano de la juvenil trigueña, de cabellos considerablemente cortos y piel dorada por el sol. Agradable imagen que contrasta resaltando lo apacible océano.

Hacia tan sólo unas cuantas horas, se habían conocido caminando por el centro antiguo de la ciudad y se dirigieron hacia la famosa

ceiba legendaria, glorificada por la creencia popular cubana y transmitida verbalmente a través de muchas generaciones, escuchándose en corrillo por toda la isla, la cual así relata: *“Si alguien gira con fervor alrededor de ella en sentido contrario de las manecillas del reloj y repite en silencio cada vez el deseo que ansía, éste se cumple. Y si al finalizar gira una vez más, pero en sentido inverso..., es seguro que regresa a este lugar, o bien, regresa el ser amado”*.

Esteban, que así se llamaba aquel hombre, se había deleitado observando el ritual cumplido a la perfección por su bella acompañante. El armonioso andar permitió en la mente del hombre, dibujar fielmente su figura. Era muy hermosa.

Al finalizar el protocolo místico, ella levantó la vista de las losas cuadradas de concreto, las cuales pisó con sumo cuidado en su recorrido para no caer, al girar en torno a ese legendario árbol de evocación. Fue entonces cuando Alma Delia se encontró con el rostro

de Esteban, intentando disimular una sonrisa y poniendo ella, su cara seria, se dirigió a él reprendiéndolo con seca suavidad...

—¿Por qué te ríes?

Súbitamente, el caballero activó su mente para no herir los sentimientos de aquella preciosa mujer y respondió.

—Sólo me imagino tu petición. Estoy muy cierto de saberla y podría con toda seguridad decírtela, pero... Yo tengo una mejor forma para lograr que un deseo se vuelva realidad. Ya te lo demostraré un poco más adelante—. La tomó de la mano y caminaron con lentitud, para alejarse del legendario lugar.

Durante el recorrido por las calles adoquinadas y rodeados por hermosos edificios de arquitectura ecléctica, construidos en diversas épocas de la historia de la ciudad, llegaron a una pequeña plazuela triangular con una jacaranda en llamarada y unos cuantos cocoteros, rodeados de

jardineras con flores y palmas de yuca, donde, utilizando una voz suave pero de agorero, Esteban pontificó:

—Debes situarte viendo hacia el poniente, poner los brazos por detrás del cuerpo y entrelazar las manos, levantar la cara, cerrar los ojos y con serenidad, pensar vehementemente en tu deseo y, sólo pensar en él. Así, se realizará tanto lo que ansías, como el regreso de alguien amado.

Alma Delia cumplió con lo ordenado por Esteban, cerró los ojos suavemente y se concentró en su deseo, hasta que... sintió un cálido y dulce beso en la boca... Sorprendida la joven abrió los párpados y fijando con admiración sus ojos verdes esmeralda en los de él, preguntó:

— ¿Qué hiciste? ¿Por qué lo hiciste?

— Simplemente cumplí tu deseo. ¿No es así?, y con este beso, te aseguro que volveré, desde cualquier lugar donde

me encuentre —, la abrazó con cariño y soltó una sonora carcajada. Ella, aún sin situarse en lo acontecido, correspondió con una sonrisa, la cual a cada momento se fue convirtiendo más y más en una alegre carcajada fusionada a la de él... hasta que, reponiendo su compostura, comentó:

— ¡Qué ingenua soy!, me pillaste como una alumna de educación primaria. Pero..., me encantó esa dulzura. Es algo que nunca me había sucedido..., el que alguien me robara un beso, de manera tan tiernamente preparada.

Con sutileza... acercó nuevamente sus labios, invitando a repetirlo, pero esta vez de forma más profunda, como se entregan los corazones por primera vez. Situación emotiva saboreada aún más en los siguientes instantes, retomándola con excitación creciente, mientras el taxi Mercedes Benz los transportaba hacia el hotel.

-0-

Hoy, sentado a la mesa, la cual por alguna razón en esta noche, es la única situada al nivel de la pista de baile del hotel y saboreando un “Scotch” en las rocas, Esteban la pudo observar entrar al salón por el lado del gran ventanal. Irradiaba belleza, con el largo cabello rubio y sus encantadores ojos azules, el vestido de corte recto, impregnado de lentejuelas nácar, semejando escamas de pez, las que reflejan la luz del inmenso candelabro del lugar y generan una coloración dispersa de tornasol multicolor, igual a lo ocasionado por una gota de aceite en el mar. Resplandecía encantadora, acompañada por sus hijos adolescentes, también vestidos de blanco.

Se dirigieron a la mesa y fueron abordados por una cuadrilla de meseros, quienes rápidamente los ayudaron a situarse en los lugares correspondientes y así iniciar la cena, preparada con distintos sabores muy especiales. La música del cuarteto de cuerdas, proporcionaba un sabor extra muy

especial a los diversos platillos de langosta, cocinada con extravagancias de pollo y carnes, aderezadas con especies, cremas, ajos y mantequillas.

— ¿Dijiste algo? — Comentó ella —. Estás muy callado y pensativo...

Al voltear a verla, sus caras se acercaron y con un gesto ya muy común, parecido a una rutina, por medio de un ligero roce de labios, se dieron algo parecido a un beso

— Te quiero — murmuró distraído el hombre, mientras su mente voló en retrospectiva hacia aquel árbol y luego a la plazuela triangular, permaneciendo la duda en el aire... ¿Quién hubiera podido estar seguro, que se cumpliría la evocación hecha hace un par de años a la ceiba?, y sobre todo, la posibilidad de regresar a ese lugar... con la persona amada.

<< ¿Dónde estará la hermosa cubana Alma Delia? >> Machacó la memoria a Esteban.

LA CASCADA

La cascada

El agua caía sobre las piedras desprendiendo vapor. Pareciera que éstas estuvieran calientes, pero sólo es la fuerza del líquido que al golpear el mineral, provoca la brisa desplazándola por todo el rededor. Por toda la cascada, se forman serpientes de rocío las cuales humedecen a toda la naturaleza circundante.

Más adelante en el remanso, aún con la tranquilidad del agua se le forman unas leves ondas, las cuales apenas distorsionan la superficie, sin embargo, es tal la claridad del líquido que permite observar el fondo y ahí a unos pies de figura femenina introduciéndose lentamente en dicho meandro.

Plantas de grandes hojas rodean el lugar y los helechos gigantes, protegen la intimidad

del momento. Ella, con las manos en forma de cuenco, camina hacia la pequeña cascada con la cara ligeramente levantada y su mirada fija en algún punto del cielo, más arriba del torrente de agua. Por alguna causa, no hay aves, tampoco se distinguen peces o fauna en la cercanía; no se escuchan ruidos, voces, zumbidos o el chillar de los monos; ni siquiera el sonido de la caída del río. Sin embargo..., no está sola.

El color moreno de la piel, hace resaltar lo terso de sus piernas y abundantes caderas, contrastando con la esbeltez y sus pequeños pero bien formados senos. El rostro joven de nariz ligeramente curva, sigue la línea de la frente alargada, lo que denota el linaje y la pureza de la doncella. Los grandes ojos negros se mantienen atentos. No se ha dado cuenta que la observan... A un lado, detrás de ella, donde nace un gran árbol de corteza blanca amarfilada, una serpiente de cascabel se enrolla en el tallo de una hoja gigante sin perderla de vista; en tanto, un *Alux* o duende

maya, recostado boca abajo sobre la rama principal, toca una melodía con una flauta de carrizo. La música no se escucha, ¿será que únicamente la oye la doncella... y la víbora?, o tal vez ¿el mundo se detuvo en espera del comienzo de la vida?

Mientras la joven nativa contempla el infinito y la espuma sobre la corriente, forma un listón bordado que rodea las rodillas de *Ixquik*, hija de *Xibalbá*, *lugar de las piedras calientes*, infierno de los mayas, donde las piedras son los demonios; sin embargo, en su dualidad, también quiere decir: *hombre escondido en sí mismo*. Así junto con el significado de piedra caliente, se entiende entonces que se trata de la primera etapa de la evolución del ser, la cual se convertirá en humano. Esta metamorfosis sucederá cuando la doncella sea fecundada, al ser manchada por el fruto del árbol que en estos momentos le da sombra y del cual nace una solitaria flor blanca. De esa rama parte la música emitida

por el *Alux*, que únicamente *Ixquik* y *Can* la víbora escuchan.

—...el árbol, es también, el primero de los hijos de *Xibalbá*, de nombre *Zipacná* que significa, *modo de ser leña de la corteza dura*, o lo que es lo mismo, el paso evolutivo de los minerales a los vegetales — comentó el anciano antropólogo, frente aquella pintura localizada en el restaurante del hotel donde nos encontrábamos, lo que me hizo regresar de la cavilación producida por aquel lienzo, y de manera disimulada pude observarlo tomar un largo trago, de la botella de cerveza sostenida por sus manos, y prosiguió:

— Según el *Popol Vuh*, uno de los habitantes de *Xibalbá*, era *Jun Kamé*, quien es la *fuerza de la naturaleza que cuarteo y rompe a la piedra*; entonces..., *Zipacná*, es el primer hijo del mineral que se fractura y por medio del agua, se convierte a través de los siglos en mono y poli células, para de ahí, por la mutación de los microorganismos, en la

leña vegetal de corteza dura, la cual fecundará en su momento a la doncella *Ixquik*, cuya etimología nos muestra que es la *hija de la piedra fecundada por el vegetal... Madre del hombre.*

Como si estuviera escuchando una revelación, la virgen maya lentamente gira la cabeza y al mismo tiempo levanta la mirada hacia el fruto del jícaro. Sus labios se mueven. Parece que implorara una alabanza. Eleva las manos hacia la fruta, la cual en ese instante se abre, dejando caer su semen sobre ellas. Entonces la mujer lleva sus manos con la semilla al pecho. Con humildad y alegría baja la cabeza y comienza a retirarse del lugar...

Atestiguado el evento, la serpiente, que no es emplumada, desciende al suelo y sin quitarle la vista, en silencio, con suaves movimientos como las ondas del remanso, se retira después de haber legitimado la evolución. El

sonido del agua, los trinos y la melodía de la selva, ahora inundan nuevamente el entorno.

—...los frutos del árbol del jícaro son los cráneos de los siete *Ahupú*, personajes importantes que toman un papel protector en el génesis maya, de forma similar como son los arcángeles en las sagradas escrituras, y uno de ellos es quien fecunda a la virgen *Ixquik* — comentó el antropólogo..., pero para esos momentos, ya lo había dejado de escuchar, continuaba ensimismado en mis pensamientos.

—¡*Ixquik!* ¡*Ixquik!* ¿Dónde te encuentras?, muéstrame más de la vida — expresé con desesperación.

—¡Qué te pasa Miguel!, ¿por qué le hablas a la pintura? Se escuchó una voz de mujer a mi espalda

—¿Dónde está el maestro?

—¿Cuál maestro?, solo estamos tú y yo, nadie más — respondió Ligia.

— ¡Sí! El antropólogo Ignacio Magaloni Duarte, que nos estaba explicando el cuadro de la virgen maya. Éste que está ahí enfrente — insistí señalando al vacío.

- ¿Cuál virgen maya? Ese cuadro, es sólo una cascada rodeada de vegetación y fauna — comentó preocupada la mujer.
- Pero... ¡Allí estaba la joven! Una bella doncella maya, morena de ojos grandes en medio del agua. La vimos desde que arribamos a este lugar.
- No sé qué te imaginas. Sólo llegaste y te paraste un minuto enfrente del cuadro. Ven amor, vamos a la piscina, el agua te reconfortará, a ver si me alcanzas — gritó Ligia al tiempo que empezó a correr.
- Caray, no sé qué pasó, juro que la vi, y estoy seguro que viví lo que sucedió. Pero... ¿dónde quedó la madre de la humanidad? La Eva “pre americana”, la Eva cósmica... Ah... ahora recuerdo..., el nombre de Eva, *EUA*, en filología maya, es: *huevo, feminidad formada en el agua*. ¡Sí!, todo ahora concuerda, todas las filosofías y religiones hablan de los mismo, sin embargo, esto es mucho más antiguo que el Rig Veda o el Zend Avesta, se trata de la evolución de las especies y de las sagradas escrituras, pero... ¿Dónde está ahora?, ¿qué me aconteció? —Se preguntó nuevamente, moviendo la cabeza y pretendiendo entender la visión tenida, en

tanto iniciaba el caminar con paso lento hacia donde le llamaban. De vez en vez, volteó a mirar el cuadro y se dijo. — Quien sabe..., a lo mejor pudiera aparecer de nuevo... motivado le gritó a Ligia —. ¡Ahí te voy Ix...!

NB. Esta historia surge de la congruencia lograda después de muchos años, al darle interpretación a un cuadro existente en el restaurante del balneario “La Caldera” en Abasolo, Gto., con las enseñanzas escritas del Antropólogo Ignacio Magaloni Duarte.

**LA
PRINCESITA
DEL
DESIERTO**

La princesita del desierto

Érase una vez, una linda princesita de piel tan blanca como las perlas del mar, que vivía en el Medio Oriente en el país de los desiertos. Tenía el cabello negro azabache, recortado en forma recta alrededor del cuello. Sus ojos redondos y verdes como las esmeraldas, las pestañas negras, largas y rizadas, cuando parpadeaban se podía sentir el aire fresco al ser desplazado cual abanico de manola española. Esta preciosa niña, hija única del Emir de uno de los países Árabes, llamada por muchos Alhondrita, era el talismán máspreciado de su real tesoro. El elegante cuerpo perfectamente bien balanceado, daba la imagen de una

muñequita de marfil. Vivía en un palacio árabe pintado de color blanco a base de la cenizas de piedra calcárea la cual se encuentra en muchas partes del país y al mezclarlas con agua y savia de los arbustos del desierto, hacen brillar el castillo desde lejos con sus almenas, alminares y la deslumbrante cúpula morisca en forma de gota con la punta dirigida al cielo, por donde se encausan las oraciones diarias de la lectura del Corán. Las ventanas de vidrio flotado de varios colores y encuadrados por unos arcos de geometría similar a sus cúpulas, dan forma al mudéjar, acinturado por una cadena de verdes cedros, campos de olivos y cepas de vid.

Con su gran imaginación, la princesa gustaba de platicar lindas historias, por ella misma inventadas a las flores de su jardín, quienes la escuchaban muy atentamente, asintiendo ellas con un leve movimiento de su tallo al ser acariciadas por el viento, confirmando de esta manera, los hechos de las historias

contadas. La bella naricita fruncida levemente cuando quiere atraer la atención de los demás junto con la graciosa simetría de su carita y sus ojos, dan lugar al punto culminante de su faz, los cuales adquieren un mayor brillo, al compararse con las joyas de los aretes y la diadema que porta, provocando aún más la envidia de las jóvenes de la corte.

Como era su costumbre, vestía un manto de blanca seda, dejando flamear las amplias mangas de la blusa, las que terminan en los puños adornados con holanes. Los pantalones rojos bombachos también de seda, con aplicaciones bordadas en oro, ciernen por debajo a sus rodillas y abrazan la parte superior de sus hermosas pantorrillas con un encaje de áureo brocado, dejando al descubierto los elegantes tobillos de tan bonitos pies, los cuales calzan suaves babuchas del mismo color, con las puntas ligeramente curvadas hacia arriba.

La hermosura de sus ojos, que desde pequeña fueron su orgullo, se convirtió con el tiempo en su tormento, porque... como habíamos comentado, eran tan bellos que no podían pasar desapercibidos. No había hombre de cualquier edad o posición social que no se fijara en ellos y en ocasiones lo hacían en forma por demás grotesca. Pero como maldición, aquél que los veía, dejaba de actuar como una persona normal, olvidaba lo que pretendía hacer y perdía el rumbo de su destino.

Los hijos, de los más ricos y poderosos Emires, Califas y Sultanes de tan variados lugares como: Constantinopla, Bagdad, Alejandría, Damasco y otros tan lejanos como Calcuta en la India; o cualquier otro que se sintiera con valor de enfrentar a la fatalidad, viajaban miles de leguas, corriendo graves peligros para pedir su mano y casarse con ella, sin embargo como ya se dijo, cuando observaban esos ojos verdes de gran brillo, con manchitas doradas en el iris y de mirar

sereno, dichos apuestos pretendientes, lentamente perdían la razón y el Emir los mandaba apresar en el más oscuro y profundo calabozo, donde eran atormentados para tratar de regresarlos a la realidad, pero si pasados cierto tiempo no respondían al tratamiento, ordenaba sin misericordia fueran decapitados.

Esta situación ponía muy triste a la princesita, y a su padre en tal enojo, que le ordenó jamás ver a los hombres en forma directa. Por esa razón siempre mantenía su cara y su mirada en dirección contraria de quién le hablaba y nunca fijaba la vista en una distancia menor de diez metros. ¡Qué barbaridad!, esto le hacía sentir a la princesa Alhondra muy infame y extremadamente triste tanto que a su corte le comentaba, que ella no era mujer para un hombre y por lo tanto nunca encontraría a su príncipe azul.

Cuando en las tardes caminaba por los pasillos de su jardín, delineados por hileras

de flores de muchos colores: margaritas blancas y amarillas, campanitas azules, pensamientos morados, jazmines, lilas, claveles multicolores y rosas policromáticas, todas iluminadas por el sol al ocultarse en el ocaso, su mente soñaba con el hombre quien algún día vendría por ella, la tomaría por el talle, la levantaría en vilo sobre la crin de su caballo albar saharaeño y colocándola sobre sus piernas, la cubriría con una almalafa y emprenderían la carrera sobre las dunas rumbo al sol, el cual en esos momentos del fin del día, pinta de color dorado las arenas del desierto, convirtiendo los médanos por el juego de las luces de la tarde, en un mar de oropel.

Aquél hombre tan añorado y muchas veces soñado, sería el bravo capitán de las fuerzas conquistadoras del Islamabad de nombre Zahid “El triunfador”, quien al igual de los personajes del desierto, es de piel aceitunada por el sol, vestido con un albornoz cubriendo el traje blanco de seda con el alfanje al cinto,

que lo identifica como el líder de los ejércitos beduinos y un manto sujeto a la cabeza por medio de un cordón amarillo entretejido, el cual cubre parte de la cara con la finalidad de protegerse del sol y la arena del desierto, sólo permitiendo ver unos entrecerrados ojos café oscuro, con grandes pestañas protegidas por unas anchas y espesas cejas negras, las cuales llegan a juntarse sobre el inicio de su nariz y junto con la abundante barba, le otorgan un aspecto de máxima fiereza. Estos crueles y duros ojos, cuando intentan mirar de frente a los de la princesa, lentamente se abren y enternecen, como reflejo del amor que siente por ella.

Con el sol anaranjado de fondo, abarcando casi todo el horizonte, hombre y princesa se detienen en la colina y a manera de breve descanso, apuran un prolongado beso, para continuar con la cabalgata hasta llegar a un oasis rodeado de altas palmeras de dátiles descollando entre otros árboles y forman el dibujo de tan agradable lugar en el inmenso

desierto. En el centro del mismo, una bellísima albuhera, donde unos hermosos cisnes mágicos de color morado y ojos verdes nadan suavemente entre los lirios y cáñamos, acercándose lentamente a la orilla más alejada del estanque, atraídos por unas antorchas impregnadas de aceite, las cuales arden como preludio de la próxima oscuridad e iluminan la tienda de manta azul con franjas amarillas, donde entre almohadas, mullidos colchones, tapetes persas y sedas de oriente, reposarán recostados donde con mucho cariño y extrema suavidad, el amoroso amante, dulcemente la alimentará en cuerpo y alma, como si fuera una frágil paloma blanca, hasta la alborada del día siguiente, cuando comenzarán la construcción del alcázar, fortaleza que dará cobijo a su nuevo hogar, donde vivirán felices por siempre...

— Ándale hija — se escuchó la voz de una señora — despiértate, muchacha dormilona y soñadora. Se hace tarde para ir al doctor, ya vez mujercita, por andar de activista en las guardias nocturnas durante la huelga de la universidad, lo único conseguido, fue que te embarazaran.

Enamoramientos y caprichos

Terminó de imprimirse el mes
de Noviembre de 2019.

500 ejemplares.